

Intervención de la diputada Araceli Ocampo Manzanares, con el tema: El legado de don Benito Juárez García.

El presidente:

Bien, siendo así se concede el uso de la palabra a la diputada Araceli Ocampo Manzanares, para intervenir por el mismo tema hasta por diez minutos.

La diputada Araceli Ocampo Manzanares:

Muchas gracias, ciudadano presidente.

Con su venia.

Gracias.

Con el permiso del pueblo de Guerrero y de los Medios de

Comunicación que todavía nos están acompañando.

Con el permiso de esta Soberanía.

Antes de iniciar mi participación quiero saludar con mucho cariño, con mucho gusto a los estudiantes que hoy nos visitan en este Congreso Local de Guerrero, que vienen de la Facultad de Ciencias Químico, Biológicas y de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Autónoma de Guerrero, que vienen de Chilapa de Álvarez.

Saludo también al profesor que nos acompaña Carlos Martínez Jiménez, al profesor Ángel Zapoteco.

Sean bienvenidos, queridos estudiantes.

Hablar de Juárez no es hablar del pasado, es hablar de una lucha que aún no ha terminado, es hablar de una confrontación histórica entre dos proyectos de Nación, el de la libertad y el de la sumisión, el de la república y el del privilegio, el del pueblo y el de las élites conservadoras.

Juárez no sólo fue presidente, fue el arquitecto de la reforma liberal, el hombre que separó el poder civil del poder clerical, que desmontó los privilegios heredados de la colonia, que colocó al Estado por encima de los intereses particulares.

Su legado liberal no fue una simple corriente política, fue una revolución profunda que transformó la estructura misma de México, que le dio dignidad a la ley y que le dio sentido a la República, pero ese camino no fue sencillo fue un camino de resistencia, de persecución, de guerra, fue un camino marcado por la traición de quienes incapaces de aceptar la

voluntad del pueblo decidieron entregar la patria a manos de extranjeros.

Historiadores de nuestra Nación han documentado como estos grupos, aferrados a sus privilegios, ofrecieron el territorio mexicano a una monarquía extranjera, llamando a un príncipe europeo para gobernar lo que no pudieron dominar por la vía democrática, ese nombre quedó inscrito en nuestra historia como símbolo de imposición extranjera, Maximiliano de Habsburgo, fue una decisión consciente del conservadurismo mexicano de entregarse a un imperio antes que aceptar la Soberanía Popular.

Fue el acto más grave de entreguismo, de renuncia a la patria y de desprecio por el pueblo y frente a esa traición se levantó Juárez, no con coronas, no con privilegios, no con ejércitos imperiales, se levantó con la ley en la mano y con la convicción en el corazón, resistió el avance del imperio, sostuvo la legitimidad de la República, aún en la adversidad,

recorrió el País defendiendo la Soberanía Nacional cuando parecía que todo estaba perdido.

Su resistencia no fue sólo militar, fue moral, fue política y fue histórica, Juárez encarnó la dignidad de un pueblo que se negó a ser colonia nuevamente, encarnó la firmeza de un estado que no se arrodilló ante las potencias extranjeras, encarnó la certeza de que la patria no se vende, la patria se defiende.

Y hoy, compañeras y compañeros, esa elección resuena con una fuerza estremecedora, porque así como en el siglo XIX, hubo quienes fueron a Europa a ofrecer el País a un Emperador, hoy también hay quienes desde la comodidad del privilegio cruzan fronteras para impedir intervención extranjera, para desacreditar a su propia Nación, para debilitar la voluntad del pueblo.

Hoy también hay voces conservadoras que no han cambiado en esencia, que siguen viendo a México como un botín, que siguen

apostando por el sometimiento antes que por la Soberanía, que siguen actuando con ese espíritu entreguista que Juárez combatió con firmeza, pero también hoy, como ayer, hay un pueblo consciente, hay una transformación en marcha, hay un proyecto que retoma las banderas del liberalismo histórico para ponerlas al servicio de la justicia social, de la igualdad, de la dignidad.

La cuarta transformación no surge de la nada, es heredera de esa lucha, es continuidad de ese pensamiento, es la actualización de ese ideal juarista que coloca al pueblo en el centro de la vida pública y a la Soberanía como principio irrenunciable, por eso cuando evocamos a Juárez, no lo hacemos como una figura lejana, lo hacemos como guía, como brújula moral que nos recuerda que el poder sólo tiene sentido cuando se pone al servicio del pueblo, que la ley debe estar al servicio de la justicia y que la patria jamás puede ser moneda de cambio.

Hoy, desde esta Tribuna, lo decimos con claridad y lo decimos con firmeza, no olvidamos la historia porque en ella encontramos la raíz de nuestra lucha presente, no olvidamos la traición porque en ella identificamos los rostros del conservadurismo que aún persiste y no olvidamos la resistencia porque en ella encontramos la fuerza para seguir defendiendo a México.

¡Que viva el legado liberal de Juárez!

¡Que viva la Soberanía Nacional!

Y ¡Que viva el pueblo de México!

Es cuanto, diputado presidente.